



LA PRESENCIA
DE CRISTO ESTÁ
EN EL INSTANTE
QUE PASA

DIÁLOGOS CON PIGI BERNAREGGI

■ *En portada, don Pigi, de espaldas,
señala el Barrio de la Providencia, en Belo Horizonte.
Foto de Neófta Oliveira*

Preparación y revisión: Isabella Alberto
Diseño gráfico: Derval Braga
Traducción: Huellas

© 2021 – Huellas – Litterae Communionis
© Fraternità di Comunione e Liberazione
para los textos de Julián Carrón

Pier Luigi Bernareggi (1939-2021), Pigi, fue alumno de monseñor Luigi Giussani, fundador del movimiento de Comunión y Liberación, en los años cincuenta, en el Liceo Berchet de Milán. Allí conoció la experiencia de GS (Gioventù Studentesca, el núcleo originario de CL), y dentro de esta historia, en 1964, partió como misionero a Brasil, donde llegó junto a otros estudiantes. Fue ordenado sacerdote en Belo Horizonte. Durante varios años dio clase de filosofía y teología en la Universidad Pontificia de Minas Gerais.

Fue sobre todo una presencia histórica en el barrio 1° de Mayo, donde fue párroco en la parroquia de Todos os Santos; allí construyó varias iglesias y se dedicó a la creación de varias comunidades fraternales y solidarias.

Durante muchos años se dedicó a la lucha por el derecho a una vivienda de los más necesitados.

Tras cumplir cincuenta años de sacerdocio en 2018, y ochenta años de edad, se trasladó a la casa Convivium Emaús, donde viven sacerdotes ancianos de la diócesis de Belo Horizonte. Allí dejó de estar el 22 de enero de este año, después de una caída, mientras caminaba por el patio.

Este libro es un homenaje a don Pigi, con el recuerdo de conversaciones informales, preciosas y sugerentes, que tuvo durante todos estos años con amigos del movimiento, sobre todo con Marco Montrasi (Bracco), responsable de CL en Brasil. La mayoría de estos diálogos se produjo en compañía de Rosetta Brambilla (Rosa), también ella misionera en Brasil desde hace más de cuarenta años y gran amiga suya. A ella escribió Pigi la carta que concluye esta selección de textos. Cierran el libro los últimos mensajes que le dedicó Julián Carrón.

INTRODUCCIÓN

Nada más enterarme de la muerte de Pigi, sentí enseguida el deseo de ir a buscar los textos y grabaciones de nuestros últimos encuentros. Quería retomar los recuerdos de Pigi porque esos diálogos han sido realmente una piedra angular para mí, algo que me ha marcado para siempre. Era imposible salir igual que antes después de encontrarse con él. Cada momento que hemos pasado juntos ha sido un verdadero regalo que he recibido, inesperado. Por eso, cada vez que me acercaba a Belo Horizonte, no podía dejar de ir a verle.

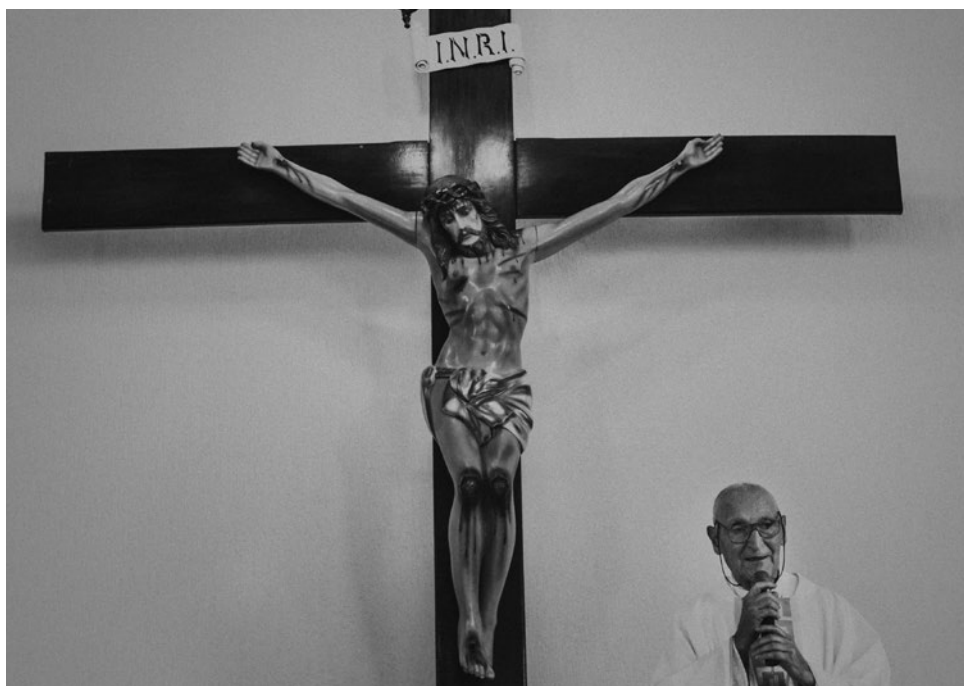
Pigi era como un puerto seguro para mí. No en el sentido de un refugio, sino un puerto del que se parte hacia lugares desconocidos, hacia el mar infinito. Siempre me hacía descubrir algo nuevo del carisma que he encontrado como una realidad viva. No era solo el pasado que había vivido al comienzo de *Gioventù Studentesca*, sino algo que llevaba dentro y que confería ese brillo a sus ojos. Para mí era realmente como ver en él el corazón de algo que ya había visto, de la experiencia humana que vi vibrar en don Giussani.

Otro punto fundamental cuando pienso en Pigi es la misericordia de su mirada. Desde las primeras veces que le vi, después de hablar con él, siempre brotaba en mí el deseo de confesarme. Era como la consecuencia natural de querer sumergirme en esa misericordia.

Por eso, en estas páginas hay algunos textos que son como pequeños recuerdos que he seleccionado, con el deseo y la petición a Dios de poder tener siempre a Pigi en el rabillo del ojo.

Marco Montrasi (Bracco)

■ *Marco Montrasi con don Pigi
en su aniversario de sacerdocio.*



LA MISERICORDIA Y LA RELIGIOSIDAD POPULAR

Un diálogo con don Pigi sobre la “religiosidad popular”. Y las provocaciones del papa Francisco para no dejarnos tranquilos (publicado en Huellas, julio/agosto 2015)

de Marco Montrasi

Barrio 1° de Mayo, periferia de Belo Horizonte. Quedamos para comer en casa de Rosetta Brambilla, que vive aquí, cerca del padre Pigi Bernareggi, desde hace más de treinta años. Pigi y Rosetta fueron los dos primeros que se fueron de misión a raíz del encuentro con el carisma de don Giussani. Viven en Brasil desde hace casi cincuenta años. Rosetta trabaja con los niños y los adolescentes; Pigi, brillante filósofo, hijo de una familia acomodada de Milán, se dedica a los más pobres. Se fue a vivir a las favelas de Belo Horizonte, en medio de lo que es “su pueblo”. Se convirtió en un «pastor con olor a ovejas», según la conocida imagen del papa Francisco. Siempre me hace bien ir a verle. Ojos vivos que inspiran simpatía y misericordia a la vez. Una mirada que me recuerda mucho a la de don Giussani. También porque no para de citar frases suyas, canciones o historias que, como veremos, siguen plasmando todavía hoy su corazón y su mirada sobre cualquier realidad. Por eso es realmente una gozada conversar con él.

Había leído un artículo, escrito por el entonces cardenal Bergoglio, sobre el concepto de «teología del pueblo» (*publicado en Italia en el diario Avvenire el 26 de abril, ndr.*) donde el futuro Papa ponía de manifiesto la riqueza de la religiosidad popular en América Latina. Muchas preguntas y algunos descubrimientos bullían en mi cabeza, así que durante el almuerzo le pregunté al padre Pigi un montón de cosas. El resultado fue un diálogo muy interesante para comprender mejor el viaje de Francisco a América Latina y la relación que tiene con “su pueblo”.

Una de las cosas que más me han ayudado en este tiempo es lo que dice el Papa sobre la gracia de sentirnos pecadores. Lo que más nos repatea puede llegar a ser una gracia. ¡Es absurdo, a primera vista!

Pigi: «*Oh! Si tu saviez combien Je t'aime...*». ¡Oh! Si tú supieras cuánto te amo, retornarías a mí, Jerusalén, y el peso de tus pecados te empujaría a caminar más rápido. En realidad, dice la canción, el peso de tus pecados te arrastraría hacia Mí. En primer lugar viene el amor de Cristo, la gracia primigenia, luego nuestra vuelta a Él. Si el amor de Cristo no nos primereara siempre, no podríamos volver a Él.

¿Por qué nos resistimos a volver? ¿Acaso porque el peso de nuestros pecados es más fuerte que nuestro abandono confiado a Cristo?

Pigi: Porque tenemos el pecado original. El amor de Cristo ha creado un campo magnético contra la atracción gravitacional del pecado; más aún, una fuerza superior que es el deseo, la inclinación a volver al bien, a la verdad, al amor. En este sentido, no sirve hablar de los errores, es necesario hablar del amor de Cristo, porque esto es lo que empuja al hombre a moverse, casi automáticamente. Pero si nadie habla humanamente del amor de Cristo... Lo veo aquí con los jóvenes que se meten en el tráfico de drogas a los trece, doce, once años. Y ahora incluso quieren reducir la edad punible penalmente...

Cuando el Papa habla de la religiosidad popular no la considera un fenómeno folclórico, sino una riqueza muy importante en América Latina. Aquí en Brasil, por ejemplo, este fenómeno sigue teniendo una relevancia importante.

Rosetta: Pero hoy ya no es así, Pigi...

Pigi: No es que ahora ya no sea así; está más escondida, si consideramos las nuevas generaciones, pero la raíz sigue viva. La raíz no es una capacidad nuestra, sino la gracia de Cristo. Bastaría que alguien lo proclamara a los cuatros vientos. Como la historia de aquel traficante amigo de Rosetta. Venga, ¡cuéntala!

Rosetta: Hicimos una fiesta en el barrio a la que vino también uno de los capos del narcotráfico. Al acabar la fiesta, se me acerca y me dice: «¿Por qué me mirabas?». «Porque quería mirarte a los ojos», contesté.

Y él: «¿Pero tú sabes lo que he hecho?». «No te miraba por lo que has hecho, sino porque tu corazón, sin saberlo, busca lo mismo que busca el mío». Me preguntó si podía venir a verme algún día y le dije: «Pues claro». Vino muchas veces y trabamos amistad. Luego, un día supe que lo habían matado.

Pigi: Esto se llama gracia *preveniente*. La mirada de Cristo anticipa nuestra conversión. *La vocación de san Mateo* de Caravaggio, que el Papa cita a menudo, dice precisamente esto. Aquí venía un chaval, Marcelino, que siendo tan joven había matado ya a veintidós personas. Un día, una periodista vino a entrevistarme porque se decía que los traficantes estaban aterrorizando la favela y su periódico había recibido una denuncia porque habían desahuciado a una anciana para instalar allí una “*boca de fumo*”, un puesto para vender droga. Le dije que no sabía nada pero que, si eso era cierto, se trataba sin duda de un atropello y un delito. Al día siguiente, en primera página, aparecía mi nombre: «El padre Pigi denuncia al traficante Marcelino». Recibí una llamada anónima: me decían que tenía que irme ya, porque Marcelino me había sentenciado a muerte. No dormí en toda la noche, pero por la mañana tuve una idea. Me habían regalado un rostro de Cristo tallado en madera, bellissimo. Lo agarré y me fui a la favela a buscar a Marcelino. Cuando llegué allí, una persona me detuvo preguntándome qué quería. Le dije que quería hablar con Marcelino a propósito de la entrevista. Entonces me dijo que esperara y al cabo de diez minutos llegó Marcelino. Le expliqué el motivo de mi visita y él lo primero que hizo fue enseñarme dónde tenía aparcada su furgoneta (efectivamente justo allí estaba antes la chabola de la anciana). Luego me dijo: «Ahora vienes conmigo». Pensé: ahora me mata. Entramos en un callejón y en un momento dado veo al fondo una casita que parecía la de Blancanieves: ladrillos de cara vista, cortinas en las ventanas, suelo rojo, una habitación, una cama, un baño, todo nuevo. «Mira, ahora esa anciana vive aquí». Entonces solté: «¡Oh, Marcelino!». Y le entregué el rostro de Cristo que me había llevado para darle. Jamás he visto en el rostro de una persona una sonrisa tan verdadera como la que vi en aquel momento. Enseguida volvió a su expresión áspera y me dijo que podía irme. Gracias a Dios todavía sigo vivo. Pero la sonrisa de Marcelino al ver el rostro de Cristo fue algo increíble que no puedo olvidar. Es el

retrato de lo que se define como la gracia *preveniente*. Desde aquel día, no he vuelto a ver a Marcelino.

Esta historia se parece a lo escribe don Giussani en su libro *Por qué la Iglesia* cuando, al hablar de esa unidad que por la fe se genera en la vida, habla de unos bandidos que en la Edad Media rezaban antes de ir a robar...

Pigi: Es como una raíz. Las personas la reciben en el seno materno. Nunca hay que partir de los límites, de los defectos. Jamás. Sino simplemente comunicar la experiencia de Cristo.

Rosetta: Sin embargo parece que hoy esta raíz se ha secado...

Pigi: *Semel assumpta, semper assumpta*. El origen, una vez dado, es para siempre. Cristo asumió una carne humana y, una vez asumida, es suya para siempre. Cristo no se retracta, no vuelve atrás. No necesitamos otra encarnación. Él es todo en todos. Ya no podemos mirar a nadie pensando que es ajeno a la relación con Cristo. Y no es verdad que esa raíz esté seca. Si tú ayudas a una persona a tomar conciencia de su raíz, inmediatamente esta raíz aparece. Basta poco, basta un instante. Luego Cristo volvió a los Cielos, el Cielo es la raíz de la tierra. La raíz de todos nosotros.

En dicho artículo, en un momento dado el Papa escribe: «Lamento que alguien piense: “A esos tenemos que instruirles...”». La primera herejía de la Iglesia fue la gnosis. También hoy en día pueden darse actitudes gnósticas ante el hecho de la espiritualidad o piedad popular».

Pigi: El gnosticismo reducía la religión a una comprensión intelectual. El cristianismo es el reconocimiento de una realidad imprevisible, completamente inimaginable, pero que ha sucedido históricamente. Mejor dicho, que está aconteciendo. No en el pasado que ya no existe, no en el futuro que todavía no está, sino en este instante, en este instante que pasa. Está ahí. De no ser así, todos seríamos unos fracasados, con todos nuestros planes pastorales. Es necesario vivir entre la gente con esta humildad, porque no es nuestra habilidad la que lleva a Cristo a los demás... nuestra responsabilidad es ayudar a los demás a descubrir que Cristo es la raíz de su vida, que ya está y que actúa. Como dijo el Papa

hablando de don Giussani, que nunca pretendió fundar nada, sino simplemente proponer el cristianismo en sus elementos originales.

Leo otro pasaje del artículo: «Cuando como Iglesia nos acercamos a los pobres para acompañarles, constatamos que viven con un sentido trascendente de la vida. La vida depende de Alguien. Todo esto se encuentra en lo más profundo de nuestra gente. Esta es la clave, la experiencia que tenemos que cuidar, porque supone una verdadera riqueza para la Iglesia de hoy».

Pigi: La Iglesia se difundirá donde haya gente que espera de verdad. Y lo que espera cada uno no está directamente ligado a sus ideas, como presupone el gnosticismo. Lo que la gente espera, lo espera con todo su ser. Lo importante es que haya alguien que lo esté esperando. Tanto es así que no sirve hablar demasiado de Dios y de la Virgen a los niños pequeños, sino ayudarles y animarles a esperar.

También el hombre moderno espera, pero es como si faltara una respuesta.

Pigi: Es “como si”, porque la respuesta existe y está viva.

Nuestro problema es que creemos saberlo ya todo.

Pigi: «¿Cuándo veré tu rostro?». La humanidad de todo ser humano se mueve hacia este «¿cuándo?». Adriana Mascagni cantaba este Salmo: «Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío». Esto vale incluso para el hombre más estúpido de la tierra... tenemos que aprender a dirigirnos a ese fondo que existe en cualquier hombre. Giussani toca esa cuerda que existe en cada uno de nosotros. En mis homilías, intento siempre tocar esa cuerda, conectar con esa espera. Y esa espera se hace notar: «¡Ay, tengo una piedra en el zapato! Me hace daño, mucho daño, ¡ay!». Giussani nos cantaba esta canción en sus clases. ■

**Nota: Las herejías gnósticas, que fueron muy importantes en los primeros siglos del cristianismo pero que perviven hoy, aunque atenuadas, afirman que acceder a Dios implica un conocimiento específico que no está al alcance de todos, sino solo de los iniciados que se dedican a su estudio.*

LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Apuntes de un diálogo con don Pigi en las vacaciones nacionales brasileñas de Comunión y Liberación (Serra Negra/Sao Paulo, 29 de julio de 2016)

Bracco: Hemos invitado a Pigi a dialogar con nosotros sobre el camino que estamos haciendo, especialmente el camino de los Ejercicios de la Fraternidad sobre el tema de la misericordia [“Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada”], para intentar adentrarnos más en el misterio de esta palabra y comprender también qué significa en la experiencia.

Pigi: Me habían dicho que esto sería una asamblea, así que no esperéis de mí una lección o conferencia. Lo que puedo hacer es ayudaros afrontando vuestras preguntas, que siempre son un signo de inteligencia. El que pregunta expresa lo que su espíritu está buscando. El punto de la pregunta no significa un punto de llegada, sino que está plasmado por aquello que estamos buscando. En este sentido, estoy a vuestra disposición para cualquier cosa que queráis comunicar, aclarar o preguntar.

Intervención: Pigi, soy profesor, y como has dicho que la pregunta es la expresión de la persona, hay algo que quiero que me expliques para poderlo comprender. ¿Cómo fue el desafío que don Giussani lanzó al principio? Porque lo que veo en mí es miedo. En el cuaderno de los Ejercicios, Carrón dice: «Sin querer imponer nada desde fuera, desde el primer día de escuela don Giussani se somete al tribunal de sus estudiantes, confía su propuesta al juicio de los alumnos». Y decía: «No estoy aquí para que vosotros consideréis como vuestras las ideas que yo os doy, sino para enseñaros un método

verdadero para juzgar las cosas que os voy a decir». Mi experiencia es que llevo ese tesoro conmigo, pero muchas veces, delante de mis alumnos, es como si dudara, como si tuviera miedo. Para mí es una certeza, pero delante de mis alumnos me siento impotente. Por eso me gustaría que nos contaras cómo viviste tú ese desafío que te lanzó don Giussani.

Pigi: Ahí el propio Carrón se sienta con nosotros en el pupitre para mirar cómo don Gius atacaba, digamos, a su alumnado. Era un auténtico ataque, porque no creáis que este cambio de época es algo solo de ahora. Cuando yo vivía en Italia, estábamos completamente inmersos en lo que se suponía que era el punto de llegada de ese cambio de época. Que no es un cambio de días o meses, es un cambio de quinientos años, ahora serán seiscientos, el cambio de dirección de la cultura occidental. Por tanto, el peso de una cultura completamente extraña, enemiga de hecho del cristianismo, se cargaba cotidianamente sobre nuestras espaldas. En efecto, no era un gran peso porque ninguno de nosotros, al menos en mi clase, era ya cristiano ni se definía como tal. Cuando don Giussani entraba en clase se encontraba con un muro hostil, con prejuicios y hostil. No es que hubiera uno o dos que no estuvieran de acuerdo en algo, era toda la clase enfrentada contra él. Y con el temperamento que tenía, él aceptó la guerra. Desde el primer momento se presentó con un desafío. Decía: «Os desafío». Esas palabras eran como un estribillo que repitió durante los tres años que estuve en el liceo. No pasaba casi ninguna clase sin lanzar ese desafío. ¿En qué consistía el desafío? Nos desafiaba a ser leales con nuestra experiencia. Lo que salía de la boca de don Giussani era la palabra lealtad. «Sed leales con vosotros mismos». Apelar a la lealtad era apelar a las exigencias y evidencias fundamentales de nuestra persona frente a lo que él nos proponía. Esa postura de combate nos obligaba a lanzarnos al cuerpo a cuerpo. Surgían objeciones a toneladas, sobre todo entre los alumnos más dialécticos, cuyo ímpetu era más evidente. Y cuando surgían esas objeciones, él no se mostraba ofendido de ninguna manera, sino que expresaba su agradecimiento a quien tenía el coraje de combatir frente a él en la batalla. Pero el mayor adversario no éramos nosotros en clase, sino nuestro

profesor de filosofía. En aquel entonces se daban tres años de Historia de la Filosofía en el liceo. Aquel amado profesor, queridísimo enemigo, era Mario Miccinesi, que había estudiado en la academia de filosofía más prestigiosa de Italia, la Universidad de Pisa. Dominaba una dialéctica digamos que muy refinada. Los alumnos hablaban con este profesor de filosofía sobre sus objeciones y las elaboraban juntos, de modo que salían de la boca de nuestro compañero con toda la presión de la cultura filosófica más refinada de la época. Don Giussani parecía sumergirse alegre y felizmente en la discusión, que a menudo iba más allá de los límites de la clase. Cuando la clase de religión de don Gius iba después de la de filosofía, o viceversa, ambos se encontraban en el pasillo y el debate continuaba allí. Las dos clases salían y se agrupaban en el pasillo, y nos quedábamos mirando a ambos, Miccinesi y don Giussani. Era como ver un partido entre el Atlético y el Cruzeiro en Belo Horizonte. Asistíamos apasionados a esas discusiones, nos sentíamos involucrados y veíamos que no era un choque desleal, maleducado o mezquino, sino un debate limpio. Eso nos ayudó a salir de esa prisión de neutralidad e indiferencia a la que nos llevaba la cultura del relativismo absoluto y el individualismo de la época. Al contrario, se nos invitaba a entrar en una lucha de ideales, las ideas humanísticas, el ideal del cristianismo. Al salir de clase, después de un debate intenso, Giussani agarraba del brazo a su colega Miccinesi y se iban al bar. Es un placer recordar aquellos años. Creo que todos nosotros, los que seguimos vivos, conservamos en la memoria esos momentos. Eso es lo que hacíamos en nuestros encuentros durante tres años. Naturalmente, después llegó la invitación para encontrarnos fuera del aula y dio comienzo el movimiento estudiantil en las escuelas milanesas, con sede propia en el centro de la ciudad, donde todos los grupos escolares de la ciudad se reunían para el “*Raggio*”. Nuestros grupos nos parecían como rayos en medio del caos cultural de la época. Las reuniones se llamaban “*Raggi*” y nosotros éramos los “*raggini*”. Volviendo ahora a lo que dice Carrón, el desafío siempre era el mismo: «Confrontad lo que os digo, o lo que os dice Miccinesi, o lo que dice un compañero, con vuestra humanidad, con la realidad más auténtica que habita en vosotros, con vuestras verdaderas exigencias». Tuvimos mucha suerte aquellos tres años de

liceo. Un compañero de mi clase se hizo dominico, y sigue siendo dominico en París; uno de nuestros mayores adversarios de entonces ahora es uno de los redactores de los documentos del movimiento en Italia, y así muchos otros. Cuando nos encontramos, recordamos con mucho gusto aquella época, porque es una gran alegría aprender a trabajar, a arriesgar nuestra experiencia en lo que sucede, en lo que propone el mundo, la sociedad. Ninguno de nosotros era cristiano, pero aquellos años juntos los que querían ser cristianos se hicieron cristianos de verdad y lo siguen siendo. Yo salí de mi prisión de neutralidad para comenzar una aventura maravillosa de la que sigo participando. Considero que mi vida es una hermosa aventura. No sé si te he respondido bien, pero al menos he intentado comunicarte mi experiencia.

Intervención: Soy profesor universitario, hago Escuela de comunidad y me encuentro en la facultad con personas y alumnos que vienen de tradiciones muy alejadas de la Iglesia. Quería hacerte una pregunta sobre el punto 2 de la introducción, donde dice, citando a los Papas, que la necesidad de misericordia es un signo de los tiempos. Trabajando este punto en la Escuela de comunidad, nuestra primera reacción era la de no entender, pues la gente dice que no ve en ninguna parte esta necesidad de misericordia. Yo seguía pensando que el concepto de necesidad de ser perdonados no es obvio, a menos que, como tú decías, seamos leales con nuestra experiencia. Me doy cuenta de que nos debemos ayudar entre los amigos a ser leales con nuestra experiencia para darnos cuenta de que todos, independientemente de su credo o de su historia, tienen esta exigencia de misericordia. Por eso, quería preguntarte por qué nos cuesta tanto percibir esta exigencia en nosotros. No es tanto una curiosidad intelectual, aunque también me gustaría entender por qué, sino una ayuda para mí y para mis amigos, para recorrer el camino que nos permita darnos cuenta de que todos, independientemente de que tengamos fe o no, tenemos esta exigencia de misericordia.

Pigi: La ciudad necesita misericordia. Desde que nació, desde el mun-

do griego, en la *polis*, como una manera de crear un poco de humanidad dentro de un mundo inhumano. Los grandes imperios –el egipcio, el babilonio y tantos otros imperios precristianos– lo experimentaron. Se trata del ímpetu imperialista de la sociedad precristiana. Pero dentro de este mundo imperialista, donde no existía el valor de la persona sino el dominio del emperador, crearon lugares donde cualquier persona pudiera ser tratada como tal, sintiéndose libre del yugo del imperio, y así aparecieron las *polis*, es decir, las ciudades. La vocación de las ciudades sigue siendo esa, incluso cuando la ciudad crece y se convierte en una metrópolis espantosa, este origen, por el que todos huyeron de los campos donde eran esclavos, donde les maltrataban, donde el amo de la tierra los explotaba, donde no había salud ni esperanza, nada, este origen puede perderse, pero vinieron a la ciudad buscando esperanza. Si la ciudad tiene la vocación de ser, digamos, el lugar de la liberación de la persona y, por el contrario, vuelve a darse la experiencia de la esclavitud, en la ciudad se hace mucho más esencial salvar la belleza de la persona, el valor de la persona. En el contexto actual de las grandes ciudades brasileñas, este motor de rescate del valor de la persona, por increíble que pueda parecer, es la favela. He trabajado muchos años, y lo sigo haciendo, en la pastoral de la favela de Belo Horizonte, y siempre decimos que la favela no es el problema, sino la solución. Cada mañana sus habitantes, cuando se dispersan por la ciudad para hacer los trabajos más humildes y normalmente los peor pagados, llevan consigo una carga de humanidad que se esparce por la ciudad. El factor más humanizador de las metrópolis brasileñas son las favelas. Son personas sencillas, pero tienen raíces cristianas, tienen un origen. Y este residuo de cristianismo ya es suficiente para constituir un elemento humanizador más fuerte en el contexto urbano que las aglomeraciones humanas. Por tanto, analizo esta necesidad de misericordia desde mi experiencia digamos que reducida a Belo Horizonte, la periferia y la favela. Me parece esencial y estratégico el trabajo de la Iglesia católica para animar, unir, reforzar la presencia de los más humildes en la gran ciudad. Es verdad que a partir de una cierta clase

media para arriba, la misericordia no interesa. Pero aún es más cierto que allí donde existen fuentes de humildad, de misericordia, la ciudad es mejor. Allí donde existe alguien que tiene compasión por los demás se abre un ámbito de esperanza. Digo esto porque soy párroco de una periferia humilde. Una parte de la parroquia es favela y otra parte es clase media, pero veo que la favela es la que nos anima, nos sostiene en la obra de recuperación de una humanidad fraterna. Estamos creando comunidades de calle. En ámbitos humildes, la calle es una especie de salón común de todas las casas. Así estamos luchando para formar pequeñas comunidades de calle donde las familias se encuentran, se aman y se ayudan mutuamente. Puede suceder que intelectualmente, en los análisis sociológicos de nivel superior, la caridad resulte superflua, pero me parece que en nuestra realidad más común, en la sencillez de nuestra gente, el gusto por la fraternidad es muy grande. La alegría de ser hermanos aparece inmediatamente. Por eso nosotros, en la Iglesia de Belo Horizonte, tenemos el lema *Redes de comunidad*. La Iglesia pretende crear en todo el territorio una red articulada de pequeñas comunidades y esta nos parece la pastoral más apropiada para el futuro. Un profesor universitario está con personas que pueden formar una élite, y por tanto no tienen esta sensibilidad especialmente desarrollada, pero yo que estoy con una realidad mucho más humilde percibo la belleza y la alegría de la gente al recuperar la fraternidad y la misericordia mutua.

Intervención: En su respuesta a la primera pregunta, citaba muy apasionado las discusiones entre don Giussani y el profesor de filosofía con todos los alumnos, muchos de los cuales tenían una posición digamos que hostil. Frente a todas estas discusiones e ideas enfrentadas, por lo que usted vio y pudo experimentar, ¿cómo cambiaba el pensamiento de don Giussani ante las posiciones enfrentadas, y cómo las acogía?

Pigi: Él decía mucho esta frase: «Hombre soy, nada humano me es aje-

no» («*Homo sum: humani nihil a me alienum puto*». Terencio, *Heautontimoroumenos*, v. 77). Nos la repetía constantemente. Pero esa no es una evolución de don Giussani, sino su punto de partida. «Nada humano me es ajeno». Hasta tal punto que fue a conocer a los monjes del Himalaya e hizo la tesis sobre un gran teólogo protestante. Si hay una persona con una apertura a 360°, a todo lo que pueda existir en el mundo, desde su origen, esa persona es don Giussani. De modo que todo lo que podría definirse como evolución del pensamiento o de las realidades concretas que nacieron dentro del ámbito de acción de don Giussani (CL, Fraternidad, Grupo Adulto...), en realidad no se trata de una verdadera evolución. No debemos considerarlos como pasos suplementarios, sino sobre todo como expresiones de algo que ya estaba implícitamente dentro de esa apertura de su humanidad a 360°. Don Gius siempre contaba que lo había aprendido en el seminario de un profesor que decía: «Estamos abiertos a todos, todo es nuestro. ¿Lo habéis pensado alguna vez? Llegará un buen día en que daremos clase en la tercera o cuarta planta, saltaremos por la ventana y no nos estrellaremos porque el cristianismo es una manera de dominar el mundo entero». Es una especie de percepción fantástica del cristianismo. Igual que el hombre inventó el avión y navega por el aire, y el submarino navega bajo el mar, nosotros un día lo poseeremos todo, exactamente igual que esos niños que agarran un juguete y en su mano aferran el mundo entero. Es una imagen vaga y minúscula del abrazo total al mundo entero y del dominio sobre todas las cosas. Ese es el inicio de la raíz del cristianismo. Por tanto, no pensaría en una evolución, sino más bien en la explicitación de algo que ya estaba en el origen, en la postura original de la persona de don Giussani. Por eso CL se extendió por todo el mundo, hundió sus raíces por todas partes, como una plantita llamada *tiririca* (planta invasora), que se extiende por todas partes.

Bracco: Me ha llamado la atención lo que has dicho sobre la positividad de este momento. La verdad es que, en este cambio de época, como hemos dicho, podemos vivir con miedo, como si la negatividad

prevaleciera siempre. Cuando nació Cristo no había evidencias claras. Es como ahora. En cierto modo, esa mirada de la que hablabas es la misma que se podía tener cuando nació Cristo. Pero a veces nos domina cierta resistencia, como si prevaleciera el mal. Por eso quería que hablastes de esa idea del tiempo. ¿Qué puede darnos esperanza? ¿Cómo es para ti, en tu vida?

Pigi: La plenitud de los tiempos: un niño en una gruta de Belén, con dos bueyes que le bufan encima; un pobre pescador, un carpintero; luego, en la cruz, en el instante de la muerte de Cristo en la cruz, todo esto no es ninguna broma. El instante de la muerte de Cristo en la cruz es la salvación del mundo entero. San Juan lo entendió perfectamente cuando escribió la frase donde describe la muerte de Cristo: «E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu». ¡Pentecostés! Para san Juan, la muerte de Cristo es Pentecostés. Jesús dijo sus últimas palabras: «Está cumplido». ¿Significa que todo es igual a cero, que ya no hay nada? No. Todo está dentro de esta acción de Cristo. En los primeros bautismos, de los primeros cristianos, se sumergía a la gente en el agua, en una gran piscina, y al salir podían respirar. Eso era para sentir cómo el cristianismo te hace respirar. Por eso, la cuestión de la plenitud de los tiempos es muy seria. Tal vez el problema de nuestra época no es tanto que el mundo sea negativo, sino que necesitamos urgentemente recuperar esa alegría, ese abrazo infinito. Si queréis una sugerencia, el tiempo pascual no acaba el día de la Resurrección, sino el día de la Ascensión y el envío del Espíritu Santo. El descenso del Espíritu nace de la Ascensión de Cristo a los cielos. Esto me recuerda una jornada en Gudo, en la periferia de Milán. Hay ciertas cosas que permanecen como un flash en la mente, nunca se van. En ese lugar había una sala donde un día don Giussani se reunió con el Grupo Adulto y dijo: «Hoy es un día especial porque meditaremos sobre la Ascensión de Cristo». Todos nosotros decíamos: «¿Ascensión? ¿Ascensión al cielo? Qué raro...». Él lo explicó así: «Cristo subió al cielo. ¿De qué cielo se trata? Padre nuestro que estás en los cielos... ¿Dónde está? Se trata de nuestra vida, de la fuente de la vida que llevamos en las entrañas de nuestro ser. Cristo, con su cuerpo

resucitado, está en las entrañas del ser de todos vosotros y de todos los que en el mundo entero no han pensado nunca en Cristo». Os sugiero volver a meditar sobre el día de la Ascensión. Debe haber algo escrito al respecto. Es esencial porque a veces nos sentimos mal viendo tanto sufrimiento, tanta miseria, tanta injusticia. ¿Pero qué es todo eso frente a la presencia de Cristo y su Ascensión? Los que matan a los católicos solo por ser católicos, los que nos hacen saltar por los aires, están lanzando a sus víctimas a los brazos del Cristo resucitado. El corazón de nuestra ciudad, Belo Horizonte, es el trapicheo. El barrio donde vivo es como la mano de una persona. Nosotros estamos en el centro y desde ahí se ramifican las arterias de comunicación con toda la ciudad. Esa es la mano de los traficantes. Cuando matan brutalmente a uno de estos chicos de 18, 17 o 15 años, creen que le están haciendo daño, pero le hacen saltar por los aires para ir hacia la Eternidad. Si lo supieran, dejarían de matar, porque ellos quieren hacerles daño, mientras les están dando el pasaporte hacia el cielo. Se lo digo a las madres en los funerales y lo entienden. Lo veo en sus rostros. ¡Qué sorpresa! No es “sorprendente” metafóricamente, es la realidad lo que nos sorprende, la realidad donde estamos inmersos día y noche. No es la explosión de una bomba, sino la explosión del Cristo resucitado que ha subido al cielo y está en todos nosotros. Si alguien dice que esto es de visionarios, se equivoca. Esta no es una manera abstracta, sino que es la esencia pura del cristianismo, es el núcleo central del cristianismo. «Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber. [...] Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis». ¿Usa Cristo en sus palabras un lenguaje figurado? ¡No, no es eso! Esta es la pura y llana realidad. ¡Mujer, en tu hijo está el cuerpo glorioso de Cristo resucitado! La conciencia constante de esta vida nuestra no debe permitirnos tener miedo, vivir con un espíritu negativo. Tengo setenta y ocho años, siento el peso de mi cuerpo y puedo volverme negativo. ¡Pero es solo cuestión de hacer memoria! No recordar sino “hacer memoria”, es decir, tomar conciencia de lo que había olvidado pero es la verdadera sustancia del instante que estoy viviendo. Decía Simone Weil: «El tiempo es esta espera. El tiempo es la espera de Dios que mendiga nuestro amor». ¿Qué es el tiempo? No vivo en

un pasado que ya ha pasado, no vivo en un futuro que aún no ha llegado, vivo en este instante que pasa, que ya ha pasado, que fluye. Este fluir no es banal, es Dios que me está esperando, mendigando mi amor, ofreciéndome otra posibilidad de sentir que el instante es el flujo del amor infinito de Dios, dentro del momento que estoy atravesando con él. No es el amor de Dios pasando por mí, soy yo pasando por el amor de Dios. Como buceadores, nos sumergimos en el amor de Dios como un pez en el agua. El tiempo que pasa puede parecer lo más aburrido, lo más monótono, pero son instantes donde él me da todo, porque en este instante que pasa yo no hago nada para existir, es la infinita gratuidad de Dios que me hace ser lo que soy. Una misericordia sin límites. Entonces, dejémonos transportar por el flujo infinito de este Dios que me da su vida infinitamente, en este instante, y en el instante siguiente, hasta el instante con "I" mayúscula, que es la eternidad, donde el tiempo se convierte en el instante pleno, que no podemos siquiera imaginar qué puede llegar a ser, ¡pero es algo fantástico! Todo esto lo aprendimos de don Giussani ese día en aquella sala en Gudo. ■

■ *Don Giussani con don Francesco Ricci (detrás)
junto a Pigi Bernareggi. Sao Paulo, 1974.
© Fraternità di Comunione Liberazione*



EN CADA INSTANTE ESTÁ TODO

Este diálogo tuvo lugar el 23 de junio de 2019 con varios amigos, entre ellos Rosetta Brambilla (también ella misionera en la capital del Estado de Minas Gerais) y Marco Montrasi (más conocido como Bracco, responsable de CL en Brasil)

Pigi: Gracias, porque si hubiera tenido que leer yo el mensaje de Carrón, se me habrían saltado las lágrimas. No hubiera conseguido leerlo. Un día Carrón llamó a mi puerta. No sabía quién era. Me hizo mil preguntas y yo las contesté todas. Pensé: «Dios me envía a esta persona». Nadie me había hecho jamás tantas preguntas. Luego me abrazó y se fue. No sé cuánto tiempo pasó antes de que supiera quién era Carrón. Virgen santa, ¿cómo se puede amar así a los demás que ni siquiera conocemos? Nunca le había visto, ni él a mí. Imaginad ahora, con este mensaje, lloraré más de un año.

Rosetta: Es por amor a nuestra historia, ¿verdad, Pigi?

Pigi: Sé que no sé nada. Todo sucede sin que yo me lo espere. ¡Nunca pensé que iba a pasar todo esto! Hay muchos amigos que este año cumplirán los ochenta. Eugenia Scabini, Peppino Zola, Dino Quarta, Maria Rita... (*algunos de los primeros en la historia de Gioventù Studentesca, ndr*).

Bracco: ¿Sabes, Pigi? Me ha llamado la atención que Carrón, últimamente, sigue repitiendo la palabra *sobreabundancia*. Estos días hemos tenido un encuentro con los educadores. En un momento dado, pensé cuál debe ser el punto fuerte de un educador, y por tanto de cada uno de nosotros. Creo que es si les ha pasado algo que les ha llenado de vida, una sobreabundancia. Me parece que darse cuenta de esto

es como una bomba atómica, porque acontece en la mayor intimidad personal, sin que nadie lo vea. Puede que el momento en que esta potencia explosiva estallara en mí fuera cuando estábamos viviendo el momento más arrollador, pero también cuando uno ha estado solo o se sentía lejos de los demás, pero siempre me ha alcanzado solo en el momento en que lo entendía. Al darme cuenta. Qué gracia la nuestra por poder recorrer un camino, por tener alguien que nos ayuda a tener presente ese momento en que de mi libertad pende totalmente la posibilidad de reconocer y darme cuenta. Como lo que Carrón te dice en ese mensaje: es tu sobreabundancia. De hecho, lo que me ha fascinado de ti cada vez que venía a verte, en los momentos más ordinarios, no en ocasiones extraordinarias, es que en ti rebosa siempre la presencia de Cristo, una paz que genera Cristo, una libertad que alimenta Cristo. Por ello enseguida te convertiste en un padre para mí.

Pigi: Y viceversa.

Rosetta: Esa bomba de la que hablas es la conciencia de lo que hemos encontrado, ¿no es así?

Pigi: Con ochenta años es también la conciencia de lo que nos espera. Como el río cuando se acerca a las cascadas y aumenta su velocidad. Cuanto más envejecemos, más rápido corre el tiempo. No te das cuenta de que pasa tan rápido porque ya es hora de dar el salto a la cascada.

Bracco: ¿Cómo contestarías a la pregunta sobre la que hemos trabajado en los Ejercicios de la Fraternidad? ¿Qué es lo que resiste al embate del tiempo?

Pigi: El instante. El instante que pasa. El tiempo pasa. En el tiempo que pasa, en cada instante que pasa está todo. El estallido de esa bomba atómica es un tipo de evento que se da en el instante que pasa. No es algo del pasado o algo del futuro, sino algo que está aconteciendo en este momento. Gracias a Dios, existe la realidad y todo existe para ello. ¿Te has preguntado alguna vez si Dios en este

instante quisiera suspender su continuo obrar? En un abrir y cerrar de ojos, ¡todo acabaría en la nada! Sabemos que la realidad existe porque en este instante que está pasando, que ya ha pasado, he percibido su existencia. Cuando me preguntas sobre la permanencia de la conciencia de la gran novedad que es Cristo, Cristo no permanece vivo porque continúa salvando el pasado, sino que es una presencia ininterrumpida en el presente que se extiende en el pasado y abarca el futuro. Por eso, cuando envejecemos el tiempo pasa más rápido, porque es propio del tiempo ser paulatinamente sustituido por la eternidad. Cuanto más nos acercamos a lo eterno, más veloz corre el tiempo. No sé cómo explicarlo mejor. Cuando eres joven, jamás consigues lo que deseas. Nunca llega. ¡Nunca! Cuando uno envejece, como yo, el tiempo corre a una velocidad espantosa. Y esto no es algo preocupante, al contrario, te llena porque en cada instante lo tienes todo. En el instante que pasa, no te falta nada.

Bracco: Hoy se le tiene un gran miedo al futuro, como si hubiera un peso, una incertidumbre que nos pesa encima. Esa inquietante sensación de que todo es líquido bajo nuestros pies. Pero depende de lo débil que sea nuestra percepción del instante.

Pigi: Del instante que pasa. No es que el instante sea algo en sí... El instante pasa, ¡ya ha pasado! Pero es en el paso de ese instante donde tú percibes que hay otra cosa, la fuerza que lo sostiene todo, el poder que lo crea todo. Has hablado de un poder, de un evento radical, completamente nuevo. Eso se da precisamente en este instante tan frágil, pasajero, aparentemente inútil, pero donde está todo.

Elenice: Ayer, en nuestro grupo de Fraternidad, alguien decía algo parecido a lo que estás diciendo tú. Se daba cuenta de que la pregunta «¿hay algo que resista el embate del tiempo?» nos desplaza fácilmente al pasado o al futuro, mientras que debemos plantearnosla todos los días porque la pregunta misma coincide con el instante. Exactamente decía esto. Decía: «Voy a trabajar [es una enfermera que trabaja en un centro sanitario, una realidad muy dura] y cada día, cuando me encuentro delante de la gente, con pacientes que llegan

con múltiples situaciones distintas, me hago esta pregunta», porque es justo ahí donde se da cuenta de lo que resiste el paso del tiempo, haciendo su trabajo allí, allí es donde verifica la victoria de Cristo.

Rosetta: A lo largo de tus ochenta años, ¿hay algo que nunca hayas perdido de vista? ¿Qué es lo que no debemos perder de vista?

Pigi: He pensado siempre en una única cosa: cómo llevar adelante lo que recibí en su momento. Lo demás no debe preocuparnos demasiado, porque si lo que has recibido es lo que da vida al mundo y lo gobierna, comprendes que eso mismo es lo que sostiene y guía la vida de la gente. Lo que recibí en GS fue la certeza de la presencia de Cristo en todo y en todos, siempre, cueste lo que cueste, pase lo que pase. Cristo está presente en el instante que pasa. Si no fuera así, él simplemente no existiría, no lo podría reconocer; sería un esquema teórico al que hacer referencia de vez en cuando, una especie de refugio o retiro espiritual. El gran descubrimiento que mis amigos y yo hicimos en GS es que la consistencia del instante pasajero es la presencia de Cristo. Si no está presente ahí, no existe.

Rosetta: Muchos de nosotros pueden carecer de esta conciencia.

Pigi: Es un puro don de Dios que se llama fe. La fe no es una capacidad de las personas, es un don de Dios. Cuando era niño, mi madre me transmitía la fe por cómo hablaba, mientras hablaba, en los juicios que daba sobre la vida. Pero luego el mundo en que te sumerges es tan devastador y disgregador que lo destruye todo. Y cuando estábamos en el Liceo Berchet, estábamos en el fondo del pozo. Había un tal profesor Miccinesi que masacraba a la gente. Dino Quartana era un compañero de clase del que todos se mofaban porque era educado y era un amigo. Fue él quien me llevó a GS. En la escuela nos miraban como a los tontos del pueblo.

Bracco: Carrón recientemente ha dicho que el momento actual es muy difícil, de total disgregación, pero añade siempre que se trata de un momento fascinante. Porque nadie tiene una cinta transportado-

ra que le permita avanzar. Antes había una experiencia compartida que facilitaba el asunto. Hoy, en cambio, debe acontecer algo en mí, porque de lo contrario...

Pigi: No es que no acontezca en mí, pero debo darme cuenta de que está sucediendo. A veces pensamos si acontece, si no acontece. ¡Qué va! Siempre acontece. Eres tú que no te enteras. Acontece siempre, te guste o no te guste, le prestes atención o no, más allá de cualquier plan o imagen que nos hagamos.

Bracco: ¡Esta es la bomba atómica! Y cuando miras a nuestros chavales o a nuestros profesores y ves que uno se da cuenta, ¡eso es un milagro!

Pigi: El cristianismo es un don de Dios, por lo tanto un auténtico milagro. *Donum mirabilis*, que despierta admiración. No tanto en sentido milagroso, sino admirable. Los milagros no son cosas extrañas e increíbles, sino algo que te fascina en el instante que pasa. ■



ABRIR LA MIRADA DE PAR EN PAR

El 29 de noviembre de 2019, un grupo de amigos que organiza el proyecto Entrepassos (un círculo de lectura fruto del deseo de ayudarse con la literatura) se reunió con don Pigi en Belo Horizonte/Minas Gerais. Estos son algunos apuntes de aquel diálogo

Bracco: El Papa en Tailandia, en un encuentro con los religiosos, decía: «La mirada de María nos impulsa a mirar en su misma dirección, hacia esa otra mirada, para hacer todo lo que Él nos diga. Ojos que cautivan porque son capaces de ir más allá de las apariencias, de alcanzar y celebrar la belleza más auténtica que vive en cada persona. Una mirada que, como nos enseña el Evangelio, rompe todos los determinismos, los fatalismos, los estándares. Donde muchos veían solamente un pecador, un blasfemo, un recaudador de impuestos, una persona de mala vida, hasta un traicionero, Jesús fue capaz de ver apóstoles. Y esta es la belleza que su mirada nos invita a anunciar, una mirada que se mete adentro, transforma y permite acontecer lo mejor de los demás».

Pigi: La mirada de Dios hacia nosotros implica mirarlo, porque si no miramos no vemos. No es mirando hacia Dios, sino *mirando*. Miro cuando estoy buscando. A veces una persona mira al suelo y se encuentra cincuenta céntimos para tomar una *cachaça*. Por tanto no hay que hacer nada más que mirar así. Lo importante es qué estás mirando. Si no miramos a Dios, Él no puede mirarnos.

Bracco: ¿Cómo sucede esto? Al despertarnos por la mañana, todos empezamos a mirar las cosas, y a veces puede suceder que lleguemos a la noche sin haber visto nada. Hay como una especie de fuerza extraña que te quita la posibilidad de interceptar algo. ¿O no?

Pigi: Creo que si de verdad hubiera algo que pudiera destruir nuestra mirada, seríamos como los protestantes. Para ellos, la naturaleza humana ha sido destruida y Cristo ha sustituido la naturaleza humana con su Presencia. Para el protestante, lo humano no importa, lo que importa es ser sustituidos por la invasión de ese hecho nuevo que es Cristo. Pero lo más importante es que nosotros somos unos pobre-cillos. Por tanto, el motivo por el cual yo estoy buscando es porque soy pobre, necesitado, vivo en la necesidad. Para ser cristianos hay que ser mendigos, sentir que somos unos pobrecillos. Ahora bien, el problema de hoy es que hay que ir bien vestido, tienes que tener buen aspecto, estar guapo. [Pero] nosotros atraemos la atención de Dios porque buscamos a Dios, no porque tengamos algo especial que atrae la atención de Dios. Dios nos está buscando incluso desde antes de que fuéramos creados. Por el mero hecho de habernos creado, nos busca. Pero Dios nos crea a su imagen y semejanza, y a nosotros nos atrae esta imagen y semejanza, que nos hace inquietos, que nos hace buscar. Creo, por tanto, que lo más importante es mirar, prestar atención, estar atentos.

Bracco: ¿Qué puede ayudarnos a tener esta atención?

Pigi: Es como la varicela (*que se contagia, ndr*). Por eso la compañía es fantástica, porque al toparte con alguien que mira, te das cuenta de que tú también puedes mirar. Al ver a alguien que busca, puedes empezar a imaginar que tú también puedes buscar.

Bracco: Carrón decía que estando en una compañía puedes ver algo que sucede en otro y al final pensar que eso también es posible para ti.

Pigi: Esa búsqueda, ese deseo, creo que sería imposible extirparlos del ser humano, a menos que le pegues un tiro en la cabeza y acabes con todo. No hay nadie que no se sienta atraído por ese rasgo fundamental del ser que es la búsqueda. Los que van al *Black Friday*, por ejemplo, también están buscando. Pero esa no es “la búsqueda”, es

una búsqueda. No digo que no sea también un reflejo de “la búsqueda”. Lo que crea de verdad la comunidad cristiana es “esa búsqueda”. La búsqueda de algo, la nostalgia de un encuentro que ningún *Black Friday* es capaz de satisfacer.

Adriana Mascagni, una joven que escribía canciones en nuestra época en *Gioventù Studentesca*, en su primera canción decía precisamente esto:

«Dios mío, me miro y descubro que no tengo rostro;
miro dentro de mí y veo la oscuridad sin fin.
Solo cuando advierto que tú estás, como un eco vuelvo a escuchar mi voz y renazco como el tiempo del recuerdo.
¿Por qué tiemblas, corazón mío? Tú no estás solo.
No sabes amar y eres amado;
no sabes hacerte y sin embargo eres hecho.
Como las estrellas del cielo, hazme caminar en el Ser,
hazme crecer y mudar, como la luz que crece y cambia día y noche.
Haz de mi alma nieve que se colorea, como tus tiernas cimas,
Bajo el sol de tu amor» (*Il mio volto*)

Adriana Mascagni muestra existencialmente cuál es la verdadera búsqueda, la verdadera mirada. Por eso hemos podido constituir una comunidad, una convivencia de personas, no por las buenas cualidades de cada uno, sino porque todos buscan, desde el misterio profundo de su ser, el encuentro con Cristo. Está claro que Dios nos crea, siempre, pero el secreto es ponerse en actitud de búsqueda, recuperar en nosotros mismos esa búsqueda que es nuestro ser a imagen y semejanza de Dios. Nuestro ser busca esa mirada de Dios, una mirada que ya es fruto de nuestro ser a imagen y semejanza de Dios, de ahí viene nuestra mirada, de ser esta transparencia, de ser esa búsqueda de Dios.

Bracco: Siempre me impresiona hablar contigo, siempre me causas un sobresalto. La mirada de Cristo necesita mi mirada. Y no hay nada que pueda eliminar eso, ni siquiera la mirada de quien busca una moneda para tomarse una *cachaça*; tú siempre ves esa humani-

dad que nada nos puede arrebatar. Es algo increíble. Eres un ejemplo de esta mirada.

Pigi: La mirada es la expresión de la persona. No hay nada que exprese a una persona mejor que la mirada. Un científico, Darwin, decía que la función es lo que genera al órgano. Si tenemos ojos es porque somos seres que bucan con la mirada. Si no estuviéramos en esta búsqueda constante, no tendríamos ojos. Es porque somos seres transparentes. Nuestra conversación es en Dios. Cuando Dios nos creó, conversó con nosotros, porque si no hubiera conversado con nosotros, no habríamos tenido ojos. La función, la necesidad de mirar, de tener una mirada transparente, es lo que genera al ojo. Esto me permite entender la importancia de leer, de procurarme algo para que mi ojo pueda funcionar. Si ya tuviera el libro de la vida, no tendría ojos. Por eso veo en esta manera de leer juntos una manera de vivir mi búsqueda profunda, nuestra personalidad en busca de la transparencia, de la respuesta a todas nuestras búsquedas.

Bracco: No he entendido bien cuando has dicho que nuestra mirada es la semejanza con Dios. Has dicho que para descubrir esta mirada debemos mirar.

Pigi: Para descubrir esta mirada de Dios, debemos entrenar nuestra mirada. Debemos ejercitar nuestra mirada. No es una cuestión moralista, es una cuestión ontológica, una cuestión que afecta al ser. Nuestro ser es una mirada abierta de par en par a Dios. Por eso nos podemos descubrir continuamente amados por Dios cuando ejercitamos esta mirada, que no puedo dejar de ejercitar porque es mi estructura fundamental, esencial, original. No depende de mis capacidades. Por eso creo que debemos juntarnos para formar una comunidad allí donde estemos.

Bracco: Porque la comunidad es la mayor invitación a tomar conciencia de este aspecto.

Pigi: Y también porque esa mirada es la misma mirada que hay entre

el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Están implicados en la misma mirada. Por tanto, cuanto más se comparte esa mirada, más auténtica será, más crecerá y nos hará crecer. El crecimiento humano no es cuestión de millones de células, el crecimiento humano consiste en descubrir esta unión profunda que existe, esta circulación de la mirada entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por tanto, no se trata de un deber moralista, sino que es una necesidad estructural de nuestra persona crear comunidades allí donde estemos: familia, trabajo, barrio.

Bracco: Porque lo que lleva a cabo el nihilismo, con esa sutilidad que no se ve, es el intento de aislarte, es lo contrario de esta compañía.

Pigi: Sí, porque aquí ese afán [celular] no es real, es virtual. Cuanto más tienes la impresión de que el mundo está en tus manos, más cuenta te das de que eso no es la realidad, que es más profunda que todo eso. La realidad virtual es claramente comercial, y perjudica gravemente al realismo. Sobre todo porque no es en lo virtual donde ejercitaremos nuestra humanidad, nuestra mirada abierta a Cristo de par en par, que es la estructura fundamental de nuestra persona.

Marcela: *Entrepasos* nace de una pasión por la literatura. ¿Cómo podemos ayudarnos en este sentido? ¿Cómo podemos crecer?

Pigi: Creo que abrir un libro implica el mismo gesto que mirar, buscar. Cada vez que abris los ojos, estáis proyectando vuestra mirada. Leer un libro es proyectar esa mirada sobre la realidad. El libro no es una cuestión de erudición, se trata de abrir los ojos a la realidad, de ejercitar esa búsqueda primitiva de nuestro corazón. Es como si el libro fuera un tercer o cuarto ojo, o el propio ojo para el ciego. Cuando se lee un libro a un niño que no sabe leer, se está ayudando al niño a mirar. Y cuando vosotros hacéis ese gesto tan sencillo de abrir el mismo libro, también estáis unificando vuestra mirada. Es como si todos tuvieran un único ojo. Así, dentro de una comunidad comprometida sinceramente en esta búsqueda de Cristo, un libro lo hace todo mucho más fácil. En el grupo puede haber unos más inte-

ligentes y otros más distraídos, el hecho de leer juntos alguna página enfoca la mirada de cada uno y los une en lo más importante, es decir, en mirar, o mejor dicho, en descubrir una mirada que es para todos. Porque cuando se lee un libro, no creo que haya que criticar lo que dice. No se trata de leerlo como si fuera un debate, ni discutir con los que tienen una opinión distinta de la vuestra. En el libro se percibe la búsqueda del otro, y por tanto no hay que poner en duda la autenticidad del ojo con que alguien mira ese libro. ■

LA PARADOJA DEL CORONAVIRUS

Este es uno de sus últimos textos. En abril de 2020, don Pigi envió esta carta a su amiga Rosetta Brambilla, respondiendo a una pregunta: ¿cómo estás viviendo este tiempo de pandemia?

Me preguntan cómo estoy viviendo este tiempo de coronavirus. Con angustia existencial por saber que allí donde no hay acceso a los recursos técnicos –sobre todo respiradores– la gente muere por el líquido que genera en sus pulmones su propio organismo. Angustia existencial, también, al percibir la surrealista oposición que el mundo plantea entre el valor de la persona (salvar vidas) y el de la economía (salvar empresas), todavía, después de dos mil años de cristianismo.

Para mí, que he dedicado gran parte de mi vida al problema de los sintecho, también surge la angustia existencial de percibir que “la casa” ya no es (posiblemente nunca lo ha sido) la principal referencia de equilibrio y bienestar de la gente para gran parte de la población, que reacciona negativamente a la sabia recomendación de Naciones Unidas y de los gobiernos más sabios: «quedarse en casa».

Otro motivo de angustia: el espíritu de desobediencia a las nuevas normas de vida, en nombre del propio criterio individualista y relativista. Es lo que el papa Benedicto XVI denunció cuando visitó la universidad de Ratisbona, donde había dado clase muchos años. De ese relativismo individualista nace el mayor peligro del tercer milenio según Juan Pablo II: «La civilización de la muerte».

Dice san Francisco de Asís en su *Cántico de las criaturas*: «Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar». Para él no existe realidad creada por Dios que no lleve consigo una bendición. Lo mismo sucede también con el coronavirus. De hecho, allí donde el virus aparece, inmediatamente un conjunto de medidas y facultades humanas entran necesariamente en acción: ciencia, tecnología, solidaridad, de infinitas formas, estructuras de apoyo, investigación de vacunas, ayudas financieras. Los gobiernos están obligados a dejar a un lado muchas operaciones de dudoso significado, para apresurarse en emprender acciones efectivas a favor del pueblo. Los propios partidos pierden importancia en favor del “bien común”. El horizonte es más digno, decente, idealista, fraterno. En resumen, la vida es paradójicamente más feliz, útil, necesaria, interesante, “amada”. Hasta las conversaciones cotidianas se vuelven menos aburridas, vacías, fútiles. La relación humana se humaniza. La perspectiva final se diviniza.

Por ello el Pregón pascual de estos días (*Exultet*) dice así: «¡Feliz culpa que mereció tal Redentor!».

Por ello, estos días con mis compañeros del Convivium Emaús (*casa para sacerdotes ancianos en la diócesis de Belo Horizonte, ndr*), todos los días nos juntamos para rezar el rosario por el mundo, sacudido por el coronavirus, queriendo participar también nosotros en tan buen trabajo, en tanto espíritu de servicio, en la purificación de tantos corazones. Queremos vivir este tiempo inventado misteriosamente por el Creador de todas las criaturas: «Bendito seas, mi Señor, por nuestro hermano Coronavirus». ■

“HERMANO CORONAVIRUS”

Contribución de don Pigi al Retiro de Adviento de sacerdotes de CL de América Latina, celebrados por videoconferencia el 30 de noviembre de 2020

Históricamente, la Iglesia, hasta el siglo pasado, ha cultivado con éxito la antigua tradición de la importancia del “ejercicio de la buena muerte” en la vida de la comunidad cristiana. Muchas veces me he preguntado por qué era así, sin llegar a entenderlo del todo. Pensaba: «No sé, tal vez porque era un tipo de cristianismo pesimista y oscuro...». Pero he aquí que ahora, en las circunstancias actuales de pandemia, surge espontáneamente en mí la percepción de la extrema actualidad que tiene el tema de la muerte, o mejor dicho la causa y el objetivo de la muerte. Este tema desafía nuestra conciencia cristiana. Ha sido al responder a un grupo de *Memores Domini* que me han hecho varias preguntas sobre el significado de esta experiencia de pandemia en la vida de la comunidad, cuando me han venido a la cabeza de manera espontánea los versos del *Cántico de las criaturas* de san Francisco de Asís:

«Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar.

Ay de aquellos que mueran en pecado mortal.

Bienaventurados a los que encontrará en tu santísima voluntad porque la muerte segunda no les hará mal».

Confieso que al principio estaba confuso, pero luego fui analizando algunas cosas que comparto hoy con vosotros, esperando estar en sintonía con vuestra percepción del valor de la experiencia que está viviendo nuestro mundo.

La pandemia es un factor recurrente en toda la historia de la humanidad. La palabra utilizada es el término “peste”, que aparece muchas veces en las oraciones e imploraciones de la Iglesia suplicante, que pide ser liberada «del hambre, de la peste y de la guerra». En mi ciudad natal, Milán, de pequeño, cada vez que iba al centro, pasaba delante del Lazareto (palabra que alude a la parábola del Evangelio del pobre Lázaro). Era un gran edificio con forma de patio circular, donde eran confinados hasta la muerte los “apestados” de las pandemias de la época. A los contagiados que lograban escapar o no ser confinados en este lugar de muerte la población los llamaba “untadores”, es decir, gente malvada que expandía la enfermedad presumiblemente untando las puertas de las casas por la noche. Los perseguían, los capturaban, los sometían a una justicia sumaria y los sepultaban en cualquier parte para que no contaminaran a la población. Solo cuando la ciencia descubrió y puso a disposición de todo el mundo vacunas, medicinas y terapias, el terror de las epidemias desapareció del subconsciente colectivo mundial, igual que los lugares de confinamiento. La última pandemia, fuente de una angustia generalizada, cuando la ciencia aún disponía de escasos recursos, fue la gripe española a principios del siglo XX.

La consternación actual frente a la pandemia de coronavirus se atribuye justamente al hecho de que ha pillado por sorpresa al subconsciente colectivo, que se apoya en la ciencia y en la Organización Mundial de la Salud. *Mors tua, vita mea*: este dicho latino es una definición muy sintética del dinamismo propio de la vida, desde sus orígenes hasta el momento actual. Toda la dinámica de la vida en el cosmos, desde el momento de su aparición, se encierra aquí. En la época moderna, el gran científico y teólogo Teilhard de Chardin expresó esta dinámica con la imagen de la trayectoria de toda la realidad existente: desde el **punto alfa (¿Big Bang?)** hasta la realidad final, el **punto omega (el Cristo cósmico)**.

Ahora bien, la energía necesaria para todo este dinamismo es la **muerte de Cristo**. La Cruz de Cristo abraza incluso física y científicamente el universo entero, la totalidad de la existencia humana,

con una intensidad y una creatividad sorprendentes. En nuestro caso, basta con intentar imaginar la fuerza vital con que un solo ejemplar de coronavirus se instala en una célula viva, inmensamente más grande que él, y explotando todos sus elementos vitales produce rápidamente quinientos nuevos coronavirus... verdaderamente *mors tua, vita mea*, ¡y con qué fantástica proliferación de vida!

¿Pero qué es la muerte? Los antiguos pensaban –véase el pasaje del *Cántico* de san Francisco– que había dos muertes, o dos fases de la misma muerte: la primera, la muerte corporal; la segunda, la muerte eterna y espiritual. La primera muerte afectaría solo al cuerpo visible. De ahí la idea del “dormitorio”, en griego *koimetérion* (cementerio), donde las personas cuyo cuerpo ya ha muerto permanecerían a la espera de la muerte definitiva o de la bendición igualmente definitiva en el “juicio final”. En este tiempo la gente tendría la posibilidad de deshacerse de todo aquello que no concilia con la bendición eterna. Es el purgatorio.

Según el *Cántico de las criaturas* de san Francisco, la segunda muerte acontece cuando el tiempo y el espacio acaben, todo confluirá en la eternidad y, según la opción espiritual de cada uno, llegará la bendición eterna o la condena eterna de aquellos que solo buscan el mal, que es la **nada**.

A diferencia de los antiguos, nosotros pensamos más en la muerte en dos fases, con el intervalo del purgatorio. Actualmente, concebimos la muerte como un hecho global, que afecta a toda nuestra estructura humana, cuerpo y espíritu. En nuestra estructura global, la muerte de Cristo es todo, en cada instante. Porque no vivimos en el pasado, que ya ha pasado; tampoco en el futuro, que aún no ha llegado; sino que vivimos nuestra vida en este instante, en que Cristo está “presente”, es decir, es don de Sí-muerte-y-resurrección. Llevamos siempre dentro de nosotros la muerte de Cristo, esperando ser partícipes de su resurrección. De este modo, todos los factores de la muerte, incluido el coronavirus, forman parte viva de nuestra vida en Cristo, y por eso podemos, sí, a pesar de la opi-

nión del mundo, llamarlo “hermano”, como llamaba Francisco a la muerte corporal. San Juan ya lo intuyó al describir en su Evangelio la muerte de Cristo como el punto omega de toda la creación: «E, inclinando la cabeza, **entregó el espíritu**» – expresión conscientemente ambivalente: «murió» y «comunicó la Vida eterna de su Santo Espíritu». Aquí adquiere su verdad más sublime la definición de nuestra relación con el Señor, que es también la ley de la vida de todo el universo: *Mors TUA, vita MEA*.

¿Qué tiene que ver todo esto con el Retiro de Adviento? La palabra Adviento significa “llegada, venida”. La muerte, hermana nuestra, constituye nuestra feliz llegada al destino final: el abrazo eternamente instantáneo de Cristo, el **punto omega de toda la vida del universo**. Cuando, en los monasterios contemplativos, muere un miembro de la comunidad, las campanas repican con fuerza, como el día de Pascua, y justamente, porque ese es el verdadero *dies natalis*... ¿pero para cuántos de nuestros muertos en pandemia no ha habido música ni canto?

¿Nuestro hermano coronavirus lo habrá apreciado? ■



■ Pigi y Rosetta en dos momentos festivos
en las Obras Educativas Don Giussani.



MI VIDA CON PIGI

de Rosetta Brambilla

Recordar mi vida con Pigi supone recorrer un largo camino que empezó en Milán y luego se completó en Brasil, un camino a Dios, atravesando el sufrimiento, el dolor, el sacrificio y la alegría.

Conocí a Pigi en Milán cuando iba a la misa de *Giovetù Studentesca* en Santo Stefano y a los grupos de GS, y siempre pensé en él como alguien que había dado su disponibilidad para la misión en Belo Horizonte.

Cuando yo también llegué a Sao Paulo, al Convento de las Hermanitas de la Asunción, recuerdo claramente que fui con Lucia Virtuani a Belo Horizonte en 1967 para visitar a algunos de nuestros amigos: Nicoletta, Maria Rita y otros jóvenes y seminaristas, entre ellos Pigi.

Tengo grabado en la mente, como si fuera hoy, un día que llegó Pigi con el dolor impreso en la cara porque nuestros amigos se habían marchado en tromba para salvar con sus propias manos al pueblo oprimido debido a tantas situaciones.

Estando allí con ellos, nos dimos cuenta del aire que se respiraba y recordamos lo que don Gius les había escrito en 1962: «No importa lo que podáis hacer, lo decisivo es que vosotros podáis Ser». Y añadió: «Recordad dos reglas fundamentales para construir Su obra, que es el inicio de la nuestra: 1) El abandono a Dios, la oración; y 2) Una familiaridad sencilla entre vosotros». Son precisamente estas indicaciones del Gius, que siempre he custodiado, igual que custodiaba Pigi, lo que me ha salvado en mi camino.

Don Giussani me decía en una carta de 1968: «Son tiempos terribles donde se abandona el nivel del Misterio de Cristo para interpretarlo todo como mejor nos parezca... Dios te ha puesto en el mundo y te ha hecho ir a Brasil para ayudar a los hombres, para darles a conocer a Jesucristo y ayudarles a vivir la vida cristiana, que es la vida verdaderamente humana». El Gius siempre ha estado cerca.

El 9 de marzo de 1999, don Giussani me envió una carta diciendo: «Sirve ahora al nombre más grande entre nuestros misioneros, el de Pigi. Pero Pigi también fue generador de los primeros inicios del movimiento porque encarna el Ideal de nuestro movimiento en el sentido de que revive a CRISTO hoy tal como lo veían ayer Pedro y Juan. Saluda a Pigi y no lo dejes. Si algo te lo impidiera, háznoslo saber».

Me fui a vivir a Belo Horizonte y colaboré con Pigi en la Pastoral de las Favelas, creando comunidades cristianas en las favelas de la región norte de Belo Horizonte, y respondiendo a sus necesidades: la indemnización por la vivienda, la aprobación de la ley Pro Favela, que da el título de propiedad a la familia que la habita... Estando con él respiraba con él el Misterio dentro de la realidad.

Viví con Pigi en 1977 y '78, en su casa. Preparaba la comida, limpiaba su habitación...

Luego viví durante muchos años en el mismo barrio, todas las mañanas me encontraba con él en la Santa misa, escuchaba sus palabras, comentaba con él mis decisiones... viéndolo en acción con la gente. No había un día que no viera ante mis ojos ese Encuentro que habíamos tenido con don Giussani, nuestra historia, y estaba llena de agradecimiento.

Durante los últimos años ha sido de gran ayuda para todas las personas que trabajan en las Obras Educativas Don Giussani, con sus intervenciones tan profundas y capaces de indicar el camino durante nuestros encuentros semestrales.

De vez en cuando invitaba a amigos a cenar en mi casa para que pudieran conocer personalmente a Pigi y plantearle sus preguntas, a él le gustaba mucho encontrarse con la gente y contarles lo que le

preocupaba. A Pigi le encantaba cuando venía Bracco, estaba deseando que viniera a cenar para charlar con él.

Obedecer a don Gius en su indicación de estar cerca de Pigi, pronunciando cada día mi “sí”, no ha sido más que la posibilidad de corresponder al amor de Dios por mí y por esta Historia tan preciosa.

Todos estos años con Pigi, casi sesenta, nos hemos dado cuenta de que no se pierde nada de todo lo que se nos ha dado, porque está presente en su Presencia. ■



EL MENSAJE DE JULIÁN CARRÓN POR LOS 80 AÑOS DE DON PIGI

Querido Pigi:

Aprovecho la visita de Bracco para hacerte llegar mi felicitación por tu cumpleaños. Te imagino colmado de agradecimiento por la fidelidad del Señor a tu vida, desde tu primer encuentro con don Giussani, que te cambió para siempre. Cuántos frutos ha generado aquel “sí” que te abrió de par en par el horizonte de la fe hasta llevarte de misión a Brasil, donde has permanecido con una fidelidad envidiable.

Te pido que reces constantemente por el gran árbol del movimiento y por mí, para que nada pueda separarnos del amor de Cristo, así como nada –ni las dificultades, ni las incomprensiones y sufrimientos– han conseguido separarte de Él.

Por intercesión de don Giussani, pido a la Virgen que tu presencia en medio de la gente siga testimoniando esa sobreabundancia de vida que Cristo hace experimentar a quienes ceden ante su atractivo único. Solo su presencia victoriosa resiste al embate del tiempo y tu larga vida lo testimonia.

Te saludo con las palabras que te escribió don Giussani en 1999 y que leíste en el New York Encounter del año pasado: «Pido que el Señor que te ama, como Cristo te ama y amó a sus discípulos, jamás mengüe en tu memoria –no en tu recuerdo, sino en tu memoria–.

Gracias sobre todo por lo que has dado a la humanidad en el nombre de Cristo y por amor suyo».

¡Muchas felicidades por tus 80 años de parte de todos los amigos del movimiento!

Julián Carrón
Milán, 6 de junio de 2019

PARA DON PIGI EN SU 50º ANIVERSARIO DE ORDENACIÓN SACERDOTAL

Mi querido Pigi:

La frase que has elegido para conmemorar tu 50º aniversario de sacerdocio es como un retrato de tu vida: «No anteponer nada al amor de Cristo». Y tú con él.

En este cambio de época –que don Giussani ya percibió en los años cincuenta y al que trató de responder yendo a dar clase en el Liceo Berchet, donde lo conociste–, en un tiempo en que todo parece derribarse, solo en Él está la seguridad de nuestra vida.

Tú nos testimonias que ninguna capacidad ni proyecto humano pueden responder a la necesidad infinita de nuestros contemporáneos. Solo si Cristo se hace presente en una humanidad cambiada por Él, en la vida de la Iglesia, el hombre podrá volver a empezar a esperar y a mirar sin miedo su malestar y sus heridas.

¿Qué han sido estos 50 años tuyos sino el espectáculo de la fidelidad de Dios, que no abandona a quien se deja aferrar por Él? Tu humildad y sencillez de corazón ha sido lo que ha permitido que el Señor hiciera maravillas contigo, dentro de esa historia particular que nació del encuentro imprevisto con un joven brasileño a comienzos de los años sesenta, «seguido fielmente, es decir, obstinadamente», decía don Giussani. Tú has sido el fruto de esta obstinación. Por eso te fuiste y solo por eso has permanecido.

El amor de Cristo presente también te ha hecho atravesar muchas historias dramáticas y te ha convertido cada vez más en signo de esperanza para tus *favelados*, que se sienten mirados como Jesús miraba a los pobres del Evangelio: con esa ternura única –tan correspondiente a la espera de una mirada que se fijara en ellos–, hasta el punto de exclamar cada vez que se encontraban con Él: «Nunca hemos visto una cosa igual» (*cit.*). Es la misma sorpresa que suscita el papa Francisco con sus gestos desarmantes.

Brindo por tanto contigo y con tus amigos que lo celebran, para que nos muestres que el carisma donado a don Giussani en la época en que eras un joven estudiante es todavía adecuado para el hombre de hoy, útil para nuestro camino humano. Esta confirmación es un don para toda la Iglesia y para todos nosotros en el movimiento, que debemos hacer tu misma verificación de la fe, con fidelidad a la forma de enseñanza a la que hemos sido confiados.

*Con afecto,
Julián Carrón
17 de diciembre de 2017*

MENSAJE A LOS AMIGOS BRASILEÑOS Y A TODO EL MOVIMIENTO DE CL POR LA MUERTE DE DON PIGI

«El yo nuevo nace del gesto de la elección de Cristo que lo inserta en la compañía humana que genera Su Espíritu, en la Iglesia. Esta elección asume siempre una forma histórica concreta» (L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 106).

Queridos amigos, estas palabras de la Escuela de comunidad que hemos trabajado hace poco describen la vida de don Pigi Bernareggi, vivida en el cauce de esta forma histórica concreta que es el carisma y marcada por dos fidelidades. La primera, la de Dios que lo eligió para hacer crecer su designio de salvación y nunca lo abandonó. Y en segundo lugar, la fidelidad de Pigi, que reconoció y secundó la llamada del Misterio, que le llegó en 1954 en un aula del Liceo Berchet de Milán con el acento inconfundible de don Giussani. Siempre recordaba el que fue su “hermoso día”: «Entró en nuestra vida como un huracán – y ya estábamos esperando su siguiente clase». ¿Por qué? «Nos pedía un uso nuevo de la razón: sin formular esquemas ni catalogar conocimientos sino abierta a descubrir el misterio del ser, a la transparencia del sentido último de la experiencia humana».

A través de don Giussani, el cristianismo irrumpió en su vida como un acontecimiento presente: «Lo que recibí en GS fue la certeza de la presencia de Cristo en todo, siempre, pase lo que pase, aunque se caiga el mundo. Presencia de Cristo en el instante que pasa, porque si no es en el instante que pasa, simplemente no existe, será una

teoría que repetirás de vez en cuando, una especie de refugio o retiro espiritual. El gran descubrimiento que mis amigos y yo hicimos en GS fue que la sustancia del instante que pasa es la presencia de Cristo. Si no está en el instante que pasa, no existe». Pigi nos recuerda que Cristo sucede ahora. Y esta es su gran herencia.

Por ello su lema sacerdotal era «No anteponer nada a Cristo» (san Cipriano). Esta conciencia lo convirtió en protagonista del testimonio diario en las favelas de Belo Horizonte. Nunca siguiendo otro camino, ni siquiera cuando tuvo que atravesar los oscuros valles de la soledad y la enfermedad. Siempre secundando el método propuesto por Dios. ¡Cuántos frutos ha producido su disponibilidad para seguir este método!

En una carta de 1999 a Rosetta –que compartió la aventura brasileña con Pigi hasta el final–, don Giussani se refería a él como «el más grande de nuestros misioneros. Pero Pigi también fue generador de los primeros inicios del movimiento. Para mí, Pigi encarna el Ideal de nuestro movimiento en el sentido de que revive a CRISTO hoy tal como lo veían ayer Pedro y Juan».

Pidamos que el ideal encarnado en Pigi inunde nuestra vida, para que lo que vivieron Pedro y Juan, y Pigi con ellos, se convierta cada vez más en experiencia diaria para cada uno de nosotros: «Estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rom 8,38-39).

Vuestro, con afecto
Julián Carrón
Milán, 23 de enero de 2021

ÍNDICE

Introducción <i>de Marco Montrasi</i>	2
La misericordia y la religiosidad popular <i>de Marco Montrasi</i>	4
La plenitud de los tiempos	9
En cada instante está todo.....	20
Abrir la mirada de par en par	26
La paradoja del coronavirus	32
“Hermano Coronavirus”.....	34
Mi vida con Pigi <i>de Rosetta Brambilla</i>	39
Mensaje por los 80 años de don Pigi <i>de Julián Carrón</i>	43
Mensaje por el 50° aniversario de ordenación sacerdotal <i>de Julián Carrón</i> ...	45
Mensaje por la muerte de Pigi <i>de Julián Carrón</i>	47

CL

Comuni3n y Liberaci3n